***VENTANAS DE PAPEL***

*JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN*

## *PATRIAS PATRAÑAS*

La vida imita al arte, como quería Oscar Wilde, o a los malos programas de televisión, como precisaba Woody Allen. Una investigadora descubre que una de las obras maestras de la literatura medieval catalana (no el *Tirant lo Blanch*, pero casi) no es más que un fraude. ¿Cómo reaccionarán quienes han dedicado su vida al estudio de esa obra, quienes han organizado congresos sobre ella, quienes –como Pere Gimferrer– la han traducido al castellano?

La Historia de la Literatura está llena de exitosas falsificaciones. En 1761 se publicó en Edimburgo *Fingal*, un antiguo poema épico en seis cantos compuesto por Ossian y traducido del gaélico por Macpherson. El éxito fue inmediato y no faltó quien lo comparara con la *Ilíada* y colocara a su autor a la par de Homero. Napoleón, nuevo Alejandro, llevaba consigo los versos de Ossian cuando paseaba por Europa de triunfo en triunfo.

Desde el comienzo hubo quien atisbara algo extraño en ese descubrimiento –el doctor Johnson fue el primero–, pero la mixtificación continuaría durante décadas. ¿Podía ser Macpherson, mediocre poeta, autor de una obra tan maravillosa? Pero había quien se empeñaba en conocer el original, y cuando por fin apareció no era más que una versión al gaélico moderno de la supuesta traducción inglesa.

Algo sospechosa resultaba una obra maestra de la literatura catalana aparecida de la nada a finales del XIX, cuando tan necesario era dotar de peso y poso y tradición cultural a una lengua marginada. Pero los reparos se acallaron pronto, y no siempre con buenas maneras.

Ahora una tenaz catedrática se tienta la ropa antes de desvelar el fraude: teme la ira de tantos investigadores que comulgaron gustosamente con ruedas de molino, ser acusada de un crimen de lesa patria. El tema daría para una novela de campus, para un *thriller* académico. También la vida, a veces, parece imitar a los autores de *best sellers*.

# *UNA MARCA «COOL»*

***¿QUÉ FUE «LO HIPSTER»?***

***MARK GREIF (ED.)***
*Traducción de Jon Bilbao*
*Alpha Decay. Barcelona, 2011*
*209 páginas, 19 euros*
★★★☆☆

Parece que nadie reconoce qué es *hipster* y si lo hace es como si hablara de una gripe pasada. Mark Greif declara, con una mezcla de osadía y desapasionamiento, que una de las intenciones de *¿Qué fue de «lo hipster»?* es demostrar que lo ridículo puede ser motivo de estudio. Desde el principio pone sobre la mesa su perspectiva, deudora de un estudio crucial como es *La distinción* de Bourdieu: «El movimiento *hipster* representa lo que le puede suceder a los blancos de clase media y a los pertenecientes a la élite cuando dedican todos sus esfuerzos a una lucha que sólo busca el placer y el lujo –viendo tal lucha como algo audaz y agresivo– en lugar de preguntarse si son merecedores de ese placer y ese lujo [...]».

### Pura pose

Ciertamente el contubernio, por emplear un término anacrónico, *hipster* es fruto del neoliberalismo pero también de la postmodernidad que acentuó, como advirtiera Jameson, la histerización mientras lo histórico era arrojado al basurero. Una mezcla de infantilismo regresivo y un primitivismo de pura pose pretendieron funcionar como rebelión, o tan solo eran tediosas modulaciones del vicio como pregonaba la más popular de sus revistas (*Vice*). El Simposio que promovió la revista *n+1* es el núcleo de este libro que cartografía el movimiento *hipster* al tiempo que parece ponerle el matasellos de «liquidado». Como si ya no fuera tan hiper-*cool*. Si en los comienzos era cercano al post-*punk*, el «indie-rock» y a la actitud del *Do It Yourself*, terminó por ser la manifestación del esnobismo con mayúsculas.

**Publicaciones como «Vice» (sobre estas líneas, portada) y grupos de música como The Strokes (arriba) definen la sensibilidad «hipster»**

### Capitalismo «on line»

El siglo XXI, marcado por el 11-S, tiene diversos *flaneurs* y tal vez uno de los más arrogantes sea el *hipster,* que puede ser una mezcla variopinta de ciclista, artista con disfraz neo-bohemio y pretendido sujeto post-racial aunque sea blanco total. El pastiche es la estrategia creativa dominante de estos pretenciosos, lo digo sin afán de ofender sino como mera descripción.

Los elementos de la estética *hipster* son numerosos: las gorras de camionero, las camisetas imperio, las *polaroids*, la cerveza Pabst Blue Ribbon, las películas de Wes Anderson, *Arizona Baby* de los Coen, la novela *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* de Dave Eggers, los discos de The Strokes, Belle & Sebastián, la serie de televisión *Charles in Charge*. El *hipster* es un consumidor compulsivo que está, en todos los sentidos, «a la última», un impostor obsesionado con ser «auténtico». Lo más divertido de este libro misceláneo es la intervención de Christian Lorentzen, que declara que ni es *hipster* ni lo ha sido nunca para apuntar que lo cursi ha sobrevivido en una época en la que el terrorismo impuso su cruda ley. En la era del capitalismo *on line* cualquier cosa puede llegar a ser *cool* y lo *hipster* ha sido una socorrida marca global. Eso no es contradictorio con la declaración que se escuchó en el coloquio: «el momento en que proclamamos la muerte del movimiento *hipster* es en realidad un momento *hipster*». Una de las cosas que he aprendido es que el primer requisito para ser *hipster* es que niegues serlo. No puedo dejar de decirlo: nunca he sido *hipster* y espero que ninguno de mis amigos lo sea. Tengo la sospecha de que otros extremadamente cercanos son parte de la cosa.

**FERNANDO CASTRO FLÓREZ**